

CAPITULO VIII.

LAS GERMANÍAS DE VALENCIA.

De 1519 á 1522.

Origen de las germanías.—Opresion en que vivia la clase plebeya en Valencia: injusticias y tiranías de los nobles.—Lo que sirvió de pretexto á la plebe para insurreccionarse.—Alzamiento en Valencia.—Junta de los Trece.—Porqué se llamó Germanía.—Alarma de los nobles.—La conducta del rey alienta á los plebeyos.—Alarde de fuerza de los sublevados.—Alzamiento en Játiva y Murviedro.—Nombramiento de virey.—Gran tumulto en Valencia.—Fuga del virey conde de Mélito.—Guerra de las germanías.—Fidelidad de Morella al rey.—Demasías y excesos de los agermanados.—Suplicios horribles ejecutados por plebeyos y nobles: escenas sangrientas.—Fuerzas respetables de uno y otro bando: batallas: sitios de ciudades.—Agermanados célebres: Juan Lorenzo: Guillen Sorolla: Juan Caro: Vicente Peris.—Alzamiento de moros en favor de los nobles.—Imponente motin en Valencia, y sus causas.—Grande expedicion del ejército de la germanía.—Auxilio que reciben los nobles.—Derrota de los agermanados en Orihuela.—Anarquía en la capital.—Rendicion de la capital al virey.—Germanías de Játiva y Alcira: guerra obstinada.—Suplicios horribles en Onteniente.—El marqués de Zenete.—Vicente Peris en Valencia.—Accion sangrienta que motiva en las calles de la ciudad.—Su temerario valor.—Es cogido y ahorcado: es arrasada su casa.—Prosigue la guerra *El Encubierto*.—Es hecho prisionero y decapitado en Játiva.—Quien era el *El En-*

cubierto.—Rendicion de Játiva y Alcira.—Fin de la guerra de las Germanías.—Persecucion y suplicio de los agermanados.—Reflexion sobre esta guerra.

Con fatales auspicios se habia inaugurado en España el reinado de Carlos I. Mientras agitaban al antiguo reino castellano las alteraciones que acabamos de referir, disturbios de carácter aun mas sangriento afligian otra de las mas bellas porciones de la monarquía, y al tiempo que ardia en los feraces campos de Castilla la guerra de las Comunidades, ensangrentaba el fértil suelo valenciano la guerra de las Germanías. Daremos idea de lo que fué aquella revolucion popular, ni de todo punto desemejante, ni tampoco de la misma índole que la de Castilla, y sin conexion ni coherencia entre sí.

En Valencia las clases del pueblo vivian duramente oprimidas por la clase noble. Los aristócratas valencianos trataban á los que llamaban plebeyos con tal orgullo, insolencia y tiranía, como si fuesen sus esclavos. Reducidos estaban estos á odiar en silencio á los nobles, porque era inútil toda queja y escusada toda demanda de justicia: en sus causas y pleitós no solo eran desatendidos, sino hasta castigados y maltratados, en términos que, como dice el obispo Sandoval, «si un oficial hacia una ropa, los caballeros le daban de palos porque pedia que le pagasen la hechura; y si se iba á quejar á la justicia, costábale mas la querrela que el principal.»

Llegaba á tal punto el escándalo y la osadía que en alguna ocasion hubo magnate que arrebató á una desposada al salir de la iglesia de entre las manos de su marido y de sus padres. Con hechos de esta naturaleza frecuentemente repetidos, el enojo de los plebeyos contra los nobles era tal, que no ansiaban estos sino una ocasion de sacudir el yugo y vengar las demasías de aquellos.

Con motivo de una epidemia que en 1519 tenia consternada la capital de aquel reino, abandonaron á Valencia huyendo de la peste las autoridades y casi todos los nobles y personas notables de la ciudad. En tales circunstancias, difundióse la voz de que los moros argelinos preparaban un desembarco en las costas valencianas, y con arreglo á una disposicion de Fernando el Católico, se armaron los artesanos para prepararse á la defensa. En este estado, se predicó en la catedral un sermón en que se atribuian las calamidades que en aquella y otras ocasiones habian afligido la poblacion á los vicios que atraian la cólera divina, y especialmente al de sodomía, crimen nefando que miraba con justo horror el pueblo. Concluido el sermón, como la voz pública designase á un panadero como mancillado con aquel delito, dirigieronse á su casa varios grupos, le prendieron y le llevaron á la cárcel eclesiástica por ser tonsurado. Condenado por el vicario á ser espuesto á la vergüenza en la iglesia durante la misa mayor, ya no fué posible volverle á la

cárcel; una turba numerosa trató de arrebatár del templo á aquel infeliz: cerráronse, para protegerle, las puertas, y entonces la muchedumbre se encaminó al palacio del nuncio, al cual puso fuego, exasperada por la resistencia que halló en él; y volviendo en mayor número á la catedral, forzó una de las puertas, y sin intimidarse por el toque de la campana de entredicho que hizo sonar el vicario, ni respetar la hostia sagrada que en procesion presentaron las parroquias, los amotinados penetraron hasta la sacristía, se apoderaron del infeliz panadero, y arrastrándole al lugar del suplicio hicieron una hoguera y le quemaron vivo (1).

Orgullosa el pueblo con aquel terrible triunfo y con la humillacion del justicia, comenzó á armarse mas en orden so pretexto de la guerra contra los mo-

(1) Los que mas de propósito y con mas estension han escrito sobre el levantamiento y guerra de las Germanías, son: Martin de Viciana, «escritor de vista,» como él se dice, en la cuarta parte de su *Chronica de Valencia*; Gaspar Escolano, en el libro X. de la *Historia de Valencia*; Bartolomé Leonardo de Argensola, en su libro I. de los *Anales de Aragon*; y Sandoval, aunque mas brevemente, en su *Historia del emperador Carlos V.*—Con presencia, á lo que se ve, de estas obras, y de los documentos que haya podido recoger en los archivos de aquella ciudad, publicó recientemente (en 1845) don Vicente Boix su *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, cuyo libro VI. dedica á la relacion del alzamiento y guerra de las Germanías. Seguimos generalmente este extracto, por hallarle conforme en lo sustancial con las relaciones de los historiadores citados.

Don José Quevedo publicó por apéndice, ó sea nota, á su traduccion de la *Historia de las Comunidades de Castilla de Maldonado*, una sucinta relacion de la de las Germanías de Valencia, sacada de una *Apologia* escrita en latin á Joanne Baptista Agnesio, *Christi Sacerdote*, impresa en Valencia en 1543. Tomamos muy poco de ella, porque la hallamos en muchos puntos en contradiccion con lo que aquellos respetables historiadores nos suelen decir con testes.

ros. A la cabeza de él figuraba un cardador llamado Juan Lorenzo, hombre astuto y atrevido, de no vulgar elocuencia, que gozaba cierta fama de adivino, y era como el oráculo del pueblo ⁽¹⁾. Este menestral propuso que para la defensa del reino contra los moros y del pueblo contra los nobles, y para el gobierno de la ciudad, se nombrara una junta de trece artesanos. Con aplausos estrepitosos se recibió la proposición de Lorenzo, y en su virtud, á pluralidad de votos, se formó la junta llamada de los Trece ⁽²⁾, continuando no obstante el Juan Lorenzo ejerciendo una ilimitada influencia en la dirección de lo que se llamó Germanía ⁽³⁾. Asociado á él obraba un individuo, de la Junta, tejedor de lana, nombrado Guillem Castelví, conocido por Guillem Sorolla, joven audaz, de buena figura, y de una capacidad superior á la de sus compañeros. Era esto á últimos de diciembre de 1549, en

(1) «Mostraba, dice Escolano, tener entre todos gran celo, mejor labia, y no poca agudeza.»— «Era anciano, leido y bien hablado, dice Argensola; y con esto ganaba y conservaba autoridad, con la cual llegó á tener tanta mano en el pueblo, que lo gobernaba desde su casa.» Anal. lib. I. c. 75.

(2) «Por memoria, dice Escolano, de Christo nuestro Señor y de los doce Apóstoles.» Lib. X. cap. 4.

Los trece nombrados fueron: Anton Garbí, pelaire; Sebastian de Noha, vellutero (tejedor de terciopelo); Guillem Sorolla, tejedor de lana; Vicente Montoli, labrador; Pedro Villes, tundidor;

Pedro Bage, curtidor; Damian Isern, guantero; Alonso Cardona, cordonero; Juan Hedo, botonero; Gerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; Juan Sanchó y Juan Gamis, marineros.

Declararon además que siempre habían de ser de la junta un pelaire, un terciopelero, un tejedor y un labrador: los demás oficios serían echados á la suerte en un sombrero, y de los que saliesen se nombraría un menestral á votación, hasta que todos los oficios participaran del gobierno.

(3) De la palabra lemosina *germá*, hermano: y así *Germanía* queria decir Hermandad.

ocasion de hallarse el rey Carlos en Barcelona. Los sublevados se declararon abiertamente contra los nobles, á quienes daban los apodos de traidores y de tiznados, y los amenazaban con la hoguera.

Alarmados los nobles á vista del aspecto que presentaba la revolucion, acordaron entre otras cosas enviar á Barcelona ocho comisionados para que informáran al rey del estado de Valencia y del peligro que había de que cundiera el mal por todo el reino, esponiéndole además lo conveniente que sería para calmar la agitación que viniese á Valencia y jurase sus fueros. El rey se limitó á espedir una real cédula prohibiendo á los gremios presentarse armados y celebrar reuniones sin previa autorización del gobernador. Pero leído el despacho en la cofradía de los carpinteros, y á consecuencia de un discurso que Juan Lorenzo pronunció en ella, determinó también la germanía enviar sus representantes al rey, para hacerle ver la necesidad que habían tenido de empuñar las armas para defenderse de la amenazante invasión de los moros y de las injusticias y tropelías de los nobles. Entretanto, la Junta de los Trece continuó celebrando sus sesiones, trabajando en su propia defensa, y en los medios de propagar la revolucion.

Próximo entonces don Carlos á dejar á Barcelona para celebrar las Cortes de Santiago de Galicia, de que en otro capítulo hicimos mérito, no accedió á pasar personalmente á Valencia, sino que ordenó que

se congregáran las Córtes de aquel reino, bajo la presidencia del cardenal Adriano. Muy á mal llevaron el clero y la nobleza valenciana que esquivára venir en persona á prestar el juramento á sus fueros, segun era de antigua é inviolable costumbre; y lo que fué peor para ellos y los irritó mas fué, que mientras le enviaban otro mensaje, llegaron los comisionados de la Junta popular trayendo y presentando con orgullo una carta real, fechada en Fraga, concediéndoles el uso de armas, y facultándoles para tener sus revistas militares. Déjase comprender con cuánto júbilo la recibirian los plebeyos, los cuales prepararon su gran revista para el domingo inmediato (29 de febrero, 1520), á la que tuvieron la atencion de invitar al cardenal y al vice-canciller don Antonio Agustin, y estos la imprudente condescendencia de asistir. Juntáronse hasta ocho mil hombres del pueblo armados: al desfilarse por delante del cardenal se daba la voz de *¡Viva el rey!* y el buen prelado, halagado por este grito, y admirado de ver el continente marcial de aquella tropa, llevó su complacencia hasta recibir al dia siguiente una comision de los plebeyos que pasó á cumplimentarle. Por otra parte, los delegados de los nobles no consiguieron nada del rey, á quien hallaron en Lérida, de camino ya para Castilla; antes bien en otra carta que se recibió luego en Valencia volvía á ordenar que los éstamentos prestáran el juramento en manos del cardenal de Tortosa. Mostrá-

base en esto don Cárlos tan desaconsejado como desconocedor de las costumbres y de la situacion del reino.

Tomaron alas los de la plebe, viéndose tan halagados del rey, para escitar á la revolucion á los demas pueblos. Játiva proclamó la germanía, y Murviedro siguió tambien el movimiento, formando su junta á ejemplo de la de Valencia, por cuyas instrucciones obraba. Habiéndose refugiado al castillo los principales de aquella poblacion, atacáronlos allí los populares, asaltaron estos la fortaleza, y pasaron á cuchillo á todos los que habian buscado un asilo en la capilla, hasta niños de siete y nueve años. De los prisioneros alguno recibió una muerte horrible en la plaza pública. Por todas partes circulaban copias de la real cédula en que se autorizaba al llamamiento de la gente popular, y multitud de poblaciones se iban adhiriendo á la germanía y proclamándola y obligando á las que ponian resistencia á seguir el impulso y á reconocer las órdenes que emanaban de la Junta de los Trece. Viéndose ya los nobles en la precision urgente de proveer á su propia defensa, nombraron veinte representantes con poderes ámplios para dictar las providencias que creyeran mas convenientes á la seguridad de todos. De este modo se pusieron frente á frente, dispuestos á hacerse cruda guerra, nobles y plebeyos.

Una cuestion suscitada por un pequeño incidente,

ocurrido con el aprendiz de un artesano, bastó para producir en Valencia un grave tumulto, en que grupos de amotinados gritaban ya: ¡muera los caballeros! Inútilmente se esforzó el cardenal Adriano por contener los desmanes, tropelías y aun muertes que cometieron las turbas, y entonces solo conoció, aunque tarde, el terrible aspecto y las fatales tendencias de la revolución. De resultas de este tumulto pasó una comisión de los nobles á la Coruña, donde ya el rey se hallaba, y habiéndole informado de la lamentable y crítica situación en que se encontraba el país, lograron que nombrára virey y capitán general del reino al conde de Mélito, don Diego Hurtado de Mendoza, persona de cuyo valor y prudencia se esperaba que sabría sosegar aquellas turbaciones. Pero tras ellos fué tambien un individuo de la Junta de los Trece, el cual volvió con recomendaciones de la corte para el nuevo virey, con mas una carta del emperador (7 de mayo), en que espresaba que, vistos los fueros en que se apoyaban los plebeyos, les facultaba para que entre los jurados se nombrára á dos de su clase. Merced á esta conducta ambígua y débil de Carlos, que no pensaba entonces sino en recabar de las Cortes de Castilla el servicio extraordinario para embarcarse en seguida á ceñirse la corona imperial, Valencia continuaba siendo teatro de sangrientos desórdenes, parecidos al que dió por resultado el suplicio del panadero.

Llegado que hubo el virey conde de Mélito á Cuarte, y hecha presentación de sus poderes á los estamentos, dispuso su entrada pública en Valencia. A las puertas de la ciudad salieron á recibirle el gobernador don Luis Cavanillas, los jurados y una numerosa comisión de la nobleza. A la catedral se enderezaba la comisión por el camino mas corto, cuando al doblar una esquina le salieron al encuentro los Trece de la junta popular con muchos de los agermanados. «*Los reyes y los príncipes*, le dijo Guillem Sorolla, cogiendo las bridas y deteniendo la mula del conde, *no buscan atajos en sus entradas solemnes.*» Le designó las calles por donde habia de ir, tomó la comitiva la ruta marcada por el audaz plebeyo, entró en la catedral, fué reconocido y jurado el de Mélito por virey, no sin que los estamentos protestáran que lo hacian obligados por las circunstancias y sin que sirviera de precedente para lo sucesivo, puesto que el monarca no les habia jurado á ellos sus fueros, y admitida la protesta y concluida la ceremonia, se dirigió el virey á su alojamiento.

Entre las peticiones que la junta popular presentó al virey en aquellos primeros dias, era una de las principales el nombramiento de dos jurados de la clase plebeya. Como un dia le anunciásen en el palacio al síndico Sorolla que les sería negada su petición: «*Pues bien*, exclamó, *habrá dos jurados plebeyos, ó la sangre inundará el pavimento de esta casa.*» Llegó en

esto la víspera de la elección de los seis jurados (25 de mayo), y comenzaron los preparativos amenazantes de la gente popular. Intercedieron varios religiosos para que se accediera á la petición de los plebeyos en obsequio á la tranquilidad pública: el virey se mantenía en su negativa, escudado en las últimas instrucciones que decía tener del monarca. Por último se hizo la elección, y resultaron nombrados los que proponían los Trece, sin que obtuvieran un solo voto los propuestos á nombre del rey. Recibióse el juramento á los nombrados, pero el virey se obstinó en no reconocerlos, exasperando con este desaire al pueblo y á la Junta de los Trece, que protestaron vengarse en la primera ocasión; y por de pronto aquel mismo día hicieron un alarde de sus fuerzas pasando una gran revista, y descargando al tiempo de desfilar algunos arcabuzazos á las puertas del palacio del virey.

Las ocasiones vienen pronto cuando se desean y se estudian pretextos para buscarlas, y así sucedió á los agermanados. A los pocos días, por sentencia del tribunal y mandamiento del virey, era llevado al patíbulo un malhechor con el aparato de costumbre: hízose cundir la voz de que aquel infeliz, en contravención á los fueros, había sido condenado sin darle tiempo para su defensa, y lanzándose el atrevido Sorolla con gente de su bando sobre la comitiva fúnebre, arrebató al reo de manos de la justicia y le llevó

á la catedral diciendo que era tonsurado. Puesto después el Sorolla á la cabeza de tres mil hombres, se dirigió al palacio del virey conde de Mélito, con ánimo de apoderarse de su persona. Mas no habiendo salido con su intento á causa de la resistencia que por más de dos horas halló en la guardia del conde, se escabulló por entre los suyos, se escondió en su casa, y encargó á su amigo Bartolomé Dominguez hiciese correr la voz de que el virey le había hecho asesinar secretamente.

El diabólico artificio del sagaz artesano surtió todo el efecto que se proponía. Difundida aquella falsa voz se alarmaron todos los plebeyos, batieron cajas, sacaron los estandartes de las cofradías, y á los gritos de ¡muera el virey! ¡muera los caballeros! se encaminaron en espantoso tumulto al palacio del conde. Defendióse éste vigorosamente con su corta guardia: su familia se puso en salvo pasando de casa en casa con los mayores peligros: los amotinados pedían que pareciese Sorolla, ó degollarían al conde y á cuantas personas se encerraban en el palacio. En tal conflicto el obispo de Segorbe que se hallaba accidentalmente en Valencia, y que acaso supo ó sospechó que Sorolla estaba escondido, se fué á su casa, preguntó por él á su muger, y nególe ésta la verdad. Insistió el anciano prelado; redobló y esforzó sus súplicas, hasta echarse á los pies de aquella muger, que al fin confesó la verdad del caso. Presentóse entonces Sorolla, el obispo le abra-